LA CATEQUESIS

Pedro Arrupe

Presentamos a continuación tres intervenciones del P. Arrupe en el reciente Sínodo de Obispos celebrado en Roma sobre problemas actuales de la catequesis.

1.- POSIBILIDADES DE LA CATEQUESIS

Al acabar de escuchar las relaciones de los "Circuli Minores" experimenté una profunda complacencia ante tal riqueza de ideas y abundancia de proposiciones: claro testimonio de la acción del Espíritu en la Iglesia de Dios.

Sin embargo, en una reacción posterior –quizá por una tendencia ignaciana a hacer discreción de espíritus– advertí que aquel estado de ánimo era perceptiblemente diferente del que me había producido la homilía del Santo Padre en la concelebración inaugural del Sínodo en la Capilla Sixtina, cuando nos hablaba de la **"amplitudo ministerii Nostri"** (amplitud de nuestro ministerio). De él decía **"definiri ut universale et catholicum, immo vero, addere liceat secundum vim vocabuli graeci: 'cosmicum"** (que se defina como universal y católico, más aún, 'cósmico', según la fuerza del término griego).(L'Oss. Rom. 1, Octubre, 1977).

Nos abría así el Santo Padre unos horizontes inmensos, "cósmicos" y respirábamos el oxígeno del **"ite in mundum universum et praedicate Evangelium omni creaturae"** (id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda creatura) (Mc. 16,15), que él mismo citaba.

En cambio, algunas consideraciones sinodales me han parecido tener una tendencia y una preocupación reductora, como si la línea abierta de aquel horizonte sin límites se plegase y contrajese para abarcar con preponderante dedicación el selecto grupo humano –pero muy reducido en proporción a la población católica mundial– al que de hecho llega hoy la Iglesia.

Quizá la natural preocupación por planificar una Catequesis **"sensu stricto"**, (en sentido estricto), completa y ortodoxa, pudiera dar a algunos la impresión de favorecer una política de élites provocando un proceso evolutivo (inbreeding).

Para equilibrar esa posición mas **"ad intra"** (hacia adentro), con otra complementaria **"ad extra"** (hacia afuera), centrífuga, **"extra muros"** (fuera de los muros), deberíamos preguntarnos dónde están y quiénes son nuestros catecúmenos actuales y, con no menor preocupación, dónde están y quiénes son los que pudieran o debieran ser también nuestros catecúmenos.

Lugar de la Catequesis. Porque los lugares de la Catequesis que se han enumerado, son: la familia, la parroquia, las comunidades catecumenales, la escuela.

Ahora bien, ¿cuántas **familias** son hoy, en realidad, un válido medio catequético? ¿No es un axioma la descristianización actual de la familia en grandes sectores? Y, aunque aún fuesen aptas para la ca-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

tequesis infantil, son los padres con su mentalidad generacional los catequistas más adecuados para enseñar a los jóvenes desde los 15 años? ¿Dónde se catequiza la inmensa mayoría restante?

La parroquia. ¿A cuántos cultiva, de hecho? Con las variaciones que impone la diversidad de parroquias rurales, urbanas y suburbanas, en países sedicentes católicos o de misión, en todo tipo de culturas, según las estadísticas son solamente un 10 o/o, en muchas naciones, los fieles a quienes llega, con ocasión de cumplir el precepto dominical, una breve instrucción homilética. ¿Qué pasa con el otro 90 o/o?

La escuela católica, en muchos países, no absorbe ni el 15 o/o de la población escolar católica. ¿Qué ocurrirá con el 85 o/o que se educa en otros centros?

Las comunidades catecumenales. ¿Qué porcentaje de los auténticamente practicantes está organizados de ese modo,en un ciclo catequético que dura siete años? ¿El 10 o/o? ¿Menos aún?

No se trata de hacer preguntas retóricas, y mucho menos de adoptar una posición crítica o pesimista, sino de una consideración realista para trabajar con datos reales.

Por eso, pretendo llamar la atención sobre otros campos de actividad que ofrecen enormes posibilidades, y en los que, si sabemos trabajar, podríamos hallar colaboradores eficaces y aptos para ser preparados en orden al tipo de catequesis específica propia de su medio cultural.

¿Quénes son esos catequizados que hoy están en todo o en parte desligados de la Iglesia y de su acción catequética, y que estarían dispuestos a ser instruídos si se les va a buscar donde están y se les habla en el lenguaje que entienden? Son los grupos profesionales (médicos, ingenieros, etc.), los artistas, los políticos, los jóvenes deportistas, los alpinistas, los hippies, los obreros en sus asociaciones o en sus fábricas o en sus barriadas, o en sus cooperativas, etc. Son todos los grupos naturales en que los hombres se reúnen en virtud de cualquier afinidad y que tienen problemas comunes en su vida y en su profesión.

¿Dónde están? Cada uno en su medio, en su propio grupo. Allí es donde hay que ir a buscarlos y hacer catequesis. Formando parte del mismo medio y del mismo grupo, asistiendo a sus reuniones profesionales o recreativas e instruyendo en su propio ambiente, catequizando durante las excursiones alpinas rodeados de las bellezas naturales, o alternando nuestra palabra con la música ligera o discos de los Beatles.

Tal vez la consigna de llevar los hombres a la Iglesia debe cumplirse tras una etapa previa en que la Iglesia debe ir a ellos. Ellos, por sí mismos, no han venido y no vendrán.

Quizás, ni se les ocurra venir y, dado el ambiente condicionante en que se encuentran, posiblemente ni puedan venir. Y, sin embargo, muchos desearían hacerlo y nos prestarán atención si sabemos hablarles donde se debe y como es debido.

¿Quiénes serán los catequistas? Necesariamente, miembros del mismo grupo, verdadero elemento multiplicador de la acción eclesial. Ellos, una vez formados, harán una catequesis especializada, con nuevas mediaciones, canalizando las experiencias y la vida de fe por cauces hasta ahora inexplorados. Ellos darán también la respuesta a **cómo catequizar.**

¿Qué catecismo será el suyo? No será el mismo para todos. Ellos necesitan uno que, manteniendo intacto el depósito de la fe, sepa presentarlo de una forma y en una clave adaptada a su mentalidad, a las necesidades y ambiente del grupo. Muy diverso será el catecismo de los artistas del de los obreros, los jueces o los drogados.

Es un campo inmenso: una porción de la humanidad tal que en su comparación los que ahora acuden a nuestros templos aparecen como el "pequeño resto". Estimo que el Sínodo debería pensar en ello y evitar una casi exclusiva atención a una catequesis perfeccionista con métodos tradicionales –cuyo público habría de ser necesariamente muy reducido– relegando a un segundo plano la necesidad de una catequesis (¿podría seguir llamándosela así?) de penetración en una multitud –no la llamemos masa muy cualificada y dinámica en otros aspectos– que, con los medios que hemos usado hasta ahora se ha demostrado inabordable. Y son almas que esperan de la Iglesia una atención especial.

Termino con una referencia a la catequesis de los primeros días. Pablo, que no limitó su catequesis a las sinagogas, sino que fue a los esclavos y a los señores, a los creyentes de la vieja ley y –preferentemente– a los gentiles, escribía a la iglesia de esta Roma que se hubiera dicho objetivo de un soñador, estas palabras: **"¿Cómo creeran en Aquél a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?"** (Rom. 10,14). Ojalá podamos respondernos con él: **"A todos los confines de la tierra ha llegado su palabra".**

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

II.- CATEQUESIS E INCULTURACION

La Catequesis aspira a transmitir fielmente a los hombres la palabra de Dios –esencialmente infinita e inabarcable con elementos humanos– y a provocar en los hombres una respuesta de fe y de vida.

Esa respuesta, en sus elementos de expresión y en las formas de su vivencia (todo lo cual constituye una cultura determinada) es necesariamente fragmentaria. No hay cultura capaz de agotar, con exclusión de las demás, todas las posibilidades de respuesta humana a la solicitación de la Palabra divina arrogándose el monopolio de expresión de la fe y de las formas de traducirla en vida como si fuese la única viabilidad de la encarnación de la fe.

Imponer a unos hombres con cultura propia unas formas culturales ajenas como única posibilidad de expresión de la fe y del modo de vivirla, es un fuerte obstáculo a la Catequesis.

Este principio puede considerarse válido, tanto referido a la prevalencia forzada de una cultura sobre otra que le es contemporánea, como a la prevalencia de unas formas culturales del pasado con respecto a las actuales del mismo país.

Por otra parte, Cristo es el único salvador, y solamente salva aquello que asume. Es necesario que todas las culturas sean asumidas por Cristo; o, en otras palabras, que todos los hombres sean asumidos por Cristo a través de su propia cultura. Porque fe y cultura se interpelan mutuamente: la fe purifica y vitaliza la cultura, y las culturas enriquecen y sacan a la luz la inagotable potencialidad de la fe, "circumdata varietate" (rodeada de variedad), revistiendo el intangible e inmutable depósito, de los espléndidos dones que el hombre ha recibido de Dios.

No haber tenido en cuenta estos principios puede ser una de las causas de la actual descristianización de nuestras culturas actuales y un fuerte obstáculo a la evangelización.

La inculturación de la Catequesis quiere contribuir a resolver este problema.

La fe no puede concebirse separada de la vida humana: ha de estar conectada con los múltiples y mudables tipos de cultura. **Discidium inter culturam et Evangelium sine dubio detrimentosius nostri temporis casus est"** (la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo) (EN 20).

Este problema ha existido siempre, pero hoy ha adquirido una extensión universal y mucha mayor profundidad. La enorme transformación cultural actual es evidente. Por eso, el problema de la inculturación hoy ya no está reducido a las culturas no occidentales, sino que afecta, y muy profundamente, a las culturas occidentales también. Con respecto a la evangelización, el Occidente pasa hoy por la experiencia que en su tiempo sufrieron los no occidentales cuando se les quería imponer la cultura occidental y se les predicaba el Evangelio en formas occidentales completamente ajenas a sus propias culturas.

Pablo VI, en la Evangelii Nuntiandi (n. 63) ha llamado la atención sobre el delicado problema con que nos enfrentamos al querer comunicar el mensaje de Cristo de un modo igualmente fiel y aceptable por las diferentes culturas.

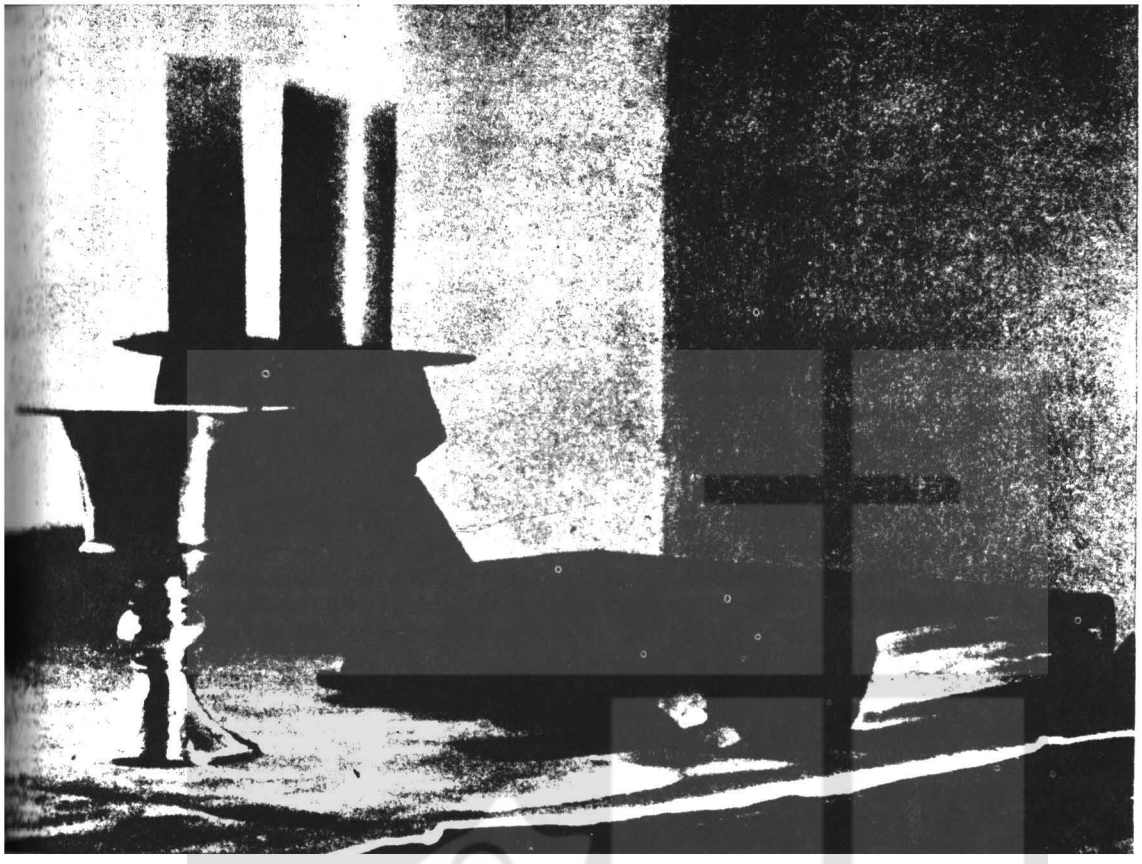
La Catequesis supone la inculturación de la fe. La Catequesis es el resultado de una inculturación y, también, un instrumento de inculturación constante y dinámica.

Inculturación y necesidad de inculturación son conceptos que, en principio, se admiten pacíficamente. Pero al aplicarlos a una situación concreta, pueden surgir temores que bloquean totalmente o aminoran la inculturación. Por eso es necesario hacer un esfuerzo por determinar los elementos esenciales (a partir de la Sagrada Escritura y los símbolos de la fe) y suministrar los criterios de discernimiento para marcar el campo y los límites del lenguaje cultural en la expresión de la fe.

Qué NO ES inculturación en la Catequesis

- No es una mera adaptación de la antigua instrucción catequética remozada con algunos nuevos términos y técnicas pedagógicas modernas.
- No es el esfuerzo por tender un puente entre generaciones, condescendiendo con las exigencias de la juventud.
- No es una estrategia para hacer más atrayente la doctrina cristiana.
- No es una sutil manera de destronar a Occidente.
- No es una adopción del pasado prescindiendo del futuro.
- No es una adaptación de la fe a la cultura, mutilando para ello el contenido de la revelación.
- No es una simpática curiosidad folklorística con que Occidente sustituye ahora la crítica a las demás culturas.
- No es un "etnocentrismo" (Levi Strauss): un falso evolucionismo que tiende a señalar a Occidente como la meta a la que deben converger las demás culturas.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas



Qué ES inculturación en la Catequesis

- Es el corolario práctico del principio teológico de que Cristo es el único salvador, y que salva sólo lo que asume. De ahí que deba asumir en su cuerpo –que es la Iglesia– todas las culturas. Naturalmente, purificándolas de cuanto es contrario a su Espíritu y, por ello mismo, salvándolas sin destruirlas.

- Es la penetración de la fe en los niveles más profundos de la vida del hombre, llegando a afectar su modo de pensar, sentir y actuar como resultado de la acción animadora del Espíritu.

- Es ofrecer la posibilidad de igualdad de servicio al Evangelio a todos los valores culturales.

- Es un continuo diálogo entre la Palabra de Dios y las muchas maneras de expresarse de los hombres.

Por lo tanto, la inculturación nos capacita para **hablar con** (no sólo **hablar a**) los hombres y mujeres de hoy, de sus problemas y sus necesidades, de sus esperanzas y sus valores.

ALGUNAS DIFICULTADES Y PRINCIPIOS ORIENTADORES

Dificultades

Una instintiva **desconfianza de lo nuevo** y hacia los que lo promueven. Es el horror al cambio, que nos hace sentirnos incómodos y amenazados por creer que las nuevas expresiones de la fe pueden contradecir a lo que hasta ahora hemos expresado y practicado.

El **pluralismo**, que atentaría contra la unidad de la Iglesia (siendo así que en el verdadero pluralismo está la unidad más profunda). La crisis de unidad se debe en muchos casos a un pluralismo insuficiente que no ofrece a algunos una posibilidad satisfactoria de expresar y vivir su fe con arreglo a la propia cultura.

El **inmovilismo**, es decir: que por temor a esos peligros –que son evitables– permitamos que la fe se convierta en algo separado en la vida (EN 23).

La **falta de objetividad** y serena reflexión sobre la cultura moderna que aparece como secularizada, irreligiosa, atea; siendo así que ello puede deberse a haber enseñado y practicado una fe conceptual, separada de la cultura, desencarnada.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Principios orientadores

La fe nunca ha existido desencarnada porque es un camino de vida: siempre ha estado encarnada en una cultura. O, mejor, ha estado encarnada en seres humanos concretos que forman parte de una cultura determinada.

Fe y cultura no se identifican, pero están íntimamente entrelazadas entre sí en el hombre concreto. Si todo el hombre ha de salvarse –y solamente Cristo puede hacerlo– Cristo debe asumir las diferentes culturas.

Ninguna cultura es perfecta. Los valores culturales no son absolutos. Una cultura que se encierra en sí misma se empobrece, se anquilosa, muere. Si la fe queda encerrada en una cultura particular, sufre de esas limitaciones.

La fe debe mantener su continuo diálogo con todas las culturas, incluso con las que acaban de nacer. Fe y cultura se emulan mutuamente; la fe purifica y enriquece la cultura y la cultura enriquece y purifica la fe en el sentido que el continuo diálogo libera la fe y la permite expresarse más completamente y trascender las limitaciones que podría imponerle una particular cultura. Aporta también una visión sobrenatural a nuestra vida cotidiana.

El pluralismo en la expresión de la fe no sólo no es un mal necesario, sino un bien al que hay que aspirar, que permite la manifestación y desarrollo de los dones naturales y sobrenaturales de Dios. Mientras que la unidad se mantiene por la unicidad de la naturaleza humana y la unidad del Espíritu que anima toda vida y todo esfuerzo.

El Espíritu Santo realiza el deseo, humanamente imposible (y sin embargo el más profundo del hombre), de la unidad radical en la más radical diversidad.

La Catequesis debería ser el punto focal del encuentro entre la fe y la cultura de cada hombre en concreto y, más específicamente aún, de las nuevas generaciones de la raza humana que está siendo educada para vivir una vida cristiana integral y llena de sentido.

PROCESO DE LA INCULTURACION

El Espíritu es el que nos conducirá a la verdad, pues él es el principio tanto de la unidad como de la diversidad. Ese Espíritu nos fomenta el "sensus Christi" (sentido de Cristo). Pero debemos ser conscientes de que nuestra colaboración es necesaria en estos pasos:

1.- Se necesitan estudios, científicamente realizados, sobre Historia de las Religiones. Antropología y Ciencias Sociales. Esta investigación nos proporcionará los elementos humanos.

2.- La reflexión pastoral que aplicará esos elementos de la ciencia a la realidad humana.

3.- La experiencia, que ha de ser una verdadera concientización: continuo diálogo entre la Palabra de Dios y las muchas formas de expresión propias del hombre en sus diversas culturas.

ACTITUDES

Las actitudes con que debe realizarse la inculturación son una delicada combinación de cualidades aparentemente opuestas:

- audacia y prudencia
- iniciativa y docilidad
- imaginación creativa y buen juicio práctico
- resolución firme y paciencia inagotable
- estima de la propia cultura y humildad para reconocer y aceptar la ajena.

"¿Por qué empeñarse en imponer al sol levante los colores del ocaso?". La catolicidad visible es la expresión normal de su riqueza interior y su belleza resplandece en la variedad: 'circundata varietate'. Es la Iglesia Católica, ni latina ni griega, sino universal ("Henri de Lubac, Catolicismo. Les aspects sociaux du dogme", p. 242, Ed. du Cerf, Paris, 1938).

Podríamos decir, en una palabra, que hemos de tener la mente y el corazón de Cristo, "sensus Christi". La verdadera inculturación (con la profunda unidad en que radica la riqueza de su variedad que refleja el conjunto de la humanidad en su realización escatológica), esto será la manifestación concreta del triunfo de Cristo, la apoteosis del Cordero (Apoc. 19, 1-8).

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

III.- CATEQUESIS Y MARXISMO

La catequesis no puede hacer caso omiso del marxismo, especialmente en unos tiempos en que, con toda razón, incluye la dimensión política de la vida y obligaciones del cristiano. Tratar correctamente del marxismo es ciertamente difícil dada la gran variedad de marxismos que hoy existen. Por ello, la presentación catequética del marxismo debe acomodarse a los diferentes lugares y circunstancias. También deberá tenerse en cuenta la etapa de madurez sicológica e intelectual, ya se trate de catequesis a niños, a jóvenes, o a adultos. En todo caso, es imposible ignorar el marxismo y, a partir de cierto nivel de desarrollo intelectual, no es posible dejar de referirse a él expresamente. El silencio significaría que la catequesis cristiana no es capaz de tomar posición ante una de las más importantes opciones que hoy se ofrecen a los hombres.

A veces –donde se presente el caso– habrá que distinguir entre programa socio-político limitado y concepción de la sociedad en su relación con el destino del hombre. En tal caso, el punto de partida serán las distinciones puestas de relieve por la Octogesima Adveniens (1971, n. 33), sin dejar de advertir que, según la misma Octogesima Adveniens, tales distinciones raramente y con dificultad se llevan hasta sus últimas consecuencias en la vida concreta: "si bien en la doctrina del marxismo, tal como es concretamente vivido, pueden distinguirse estos diversos aspectos,. . . **es sin duda ilusorio y peligroso olvidar el lazo último que los une radicalmente, el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología, el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista, omitiendo el percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a que conduce este proceso**" (n. 34).

I

Puesto que no pocos de los elementos de la ideología propiamente dicha del marxismo están en el aire que se respira, incluso donde más empeño se pone en hacer distinciones, es importante que la catequesis se refiera a esos elementos. No por espíritu polémico, sino en la perspectiva de una presentación serena de la fe y de la vida cristiana que no quiere dejarse sofocar.

¿En qué capítulos de la catequesis ha de llevarse a cabo esta acción?

Ante todo, pienso en el capítulo de las relaciones del hombre con Dios, que la mayoría de los marxistas creen que es una proyección ilusoria sin más fundamento (transitorio) que la actual miseria social que provoca esta evasión. Efectivamente, leyendo la historia humana a la luz del Evangelio, el cristiano, por el contrario, tiene conciencia de ser un hombre llamado por Dios, cualquiera que sea la condición en que se halle y, además, de ser capaz de descubrir el mal social en sí mismo y de luchar contra él precisamente porque él es algo más que un mero ser social. El cristiano ve al hombre como algo muy grande: no verlo tan grande es empequeñecerlo demasiado, incluso hacerlo inepto para esa superación social que se le propone. Inversamente, al incitarle seriamente a esa superación, se le está llamando a mucho más. Un movimiento semejante no se limita al establecimiento de nuevos lazos sociales. Tampoco habrá de omitirse –en ambientes en que circula esta concepción– la referencia a la doctrina que pretende reducir todo a un eterno desarrollo dialéctico de la materia, sin que jamás pueda elevarse por encima de sus solas potencialidades. Eso sería mutilar la realidad y excluir cualquier fundamento para una ética que, sin embargo, se le exige implícita o explícitamente: total contradicción de una doctrina que en algunos aspectos tiende a exaltar al hombre mientras que en otros lo minusvalora exageradamente. El cristiano sabe que vive en su propio ser la paradoja de pertenecer a este mundo y, al mismo tiempo, ser muy capaz de superar las potencialidades de éste, ayudado por Dios y destinado a participar de su vida.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Seguidamente, por supuesto, Cristo, su persona, su significación para cada uno de los hombres, debe de estar en el corazón de toda catequesis. Cristo salvador de los hombres: único salvador. Es inevitable abordar entonces el tema de la esperanza de salvación, terrestre si se quiere, pero definitiva, que el marxismo coloca en una clase de hombres: el proletariado. Como remate de una prehistoria de lucha de clases y de miserias, el proletariado, sólo él, acabaría por reconciliar a los hombres entre sí y a la humanidad con la naturaleza. El proletariado es el germen de la nueva y definitiva sociedad en que, gracias a él, la sociedad ha de desembocar. Hay marxistas que, además, atribuyen al proletariado rasgos de una inaudita pureza moral. Marx no le hacía tal honor, aunque no dudaba en reconocer el privilegiado papel histórico de esta clase, por encima de cualquiera otra, desde el mismo momento de constituirse.

En definitiva estamos frente a una perspectiva que coloca el centro de la historia en alguien que no es Cristo, sin que ese alguien –a diferencia de Cristo, Hijo de Dios– tenga título válido para constituirse en centro de la historia. Así, para el cristiano la muerte y resurrección de Cristo, y no una revolución –ni siquiera la del proletariado– es el centro de la historia y del destino de cada hombre; y lo es, porque en ellas se manifiesta no un rasgo humano más perfecto, sino la realidad del Hijo de Dios. Basado, pues, en su esperanza –que coloca en un Cristo digno de ella– el cristiano adoptará una actitud realista ante toda realización humana; no despreciará ningún esfuerzo de progreso social, pero no verá en ninguna realización de este tipo la perfección de su destino. En torno a él, hombres; sin más. Y ningún hombre ni grupo, fuera de Cristo, es salvador.

El cristiano por otra parte no concede que la historia tenga un centro meramente humano, porque conoce la existencia de un centro que vale para todo hombre y toda historia. Uno de los grandes defectos del marxismo es que no conoce salvación o reconciliación más que a partir de un momento. Prehistoria y después historia. En ese momento privilegiado no participan, consiguientemente, tantos hombres como han vivido antes. Su destino ha sido miserable. Por brillante que sea la memoria que algunos hayan podido dejar, todos han vivido en vano por no haber tenido parte alguna en el pasado ni poder tenerla en el futuro en el acontecimiento de la reconciliación. Al contrario: la misericordia se la ha hecho Dios a todos.

No se trata, como se ve, de sencillos temas de doctrina social cristiana, sino de la concepción de la relación del hombre con Dios, de la antropología y de la cristología esenciales a la catequesis. Si ésta quiere ser eficaz, debe llevar a ese discernimiento de doctrinas o tendencias que se oponen a lo más esencial de la fe y de la vida cristiana. Digo doctrinas y tendencias, porque unas veces habremos de enfrentarnos a afirmaciones explícitas y otras veces a supuestos implícitos. La catequesis debe ayudar a situarse cristianamente respecto a ambas situaciones.

II

Por lo demás, la catequesis, al abordar la dimensión política de la vida cristiana, no puede por menos de tratar de los programas socio-políticos del marxismo (más o menos distintos de la ideología). La fe cristiana no constituye por sí misma un programa socio-político detallado. Por ello no se puede rebatir un programa con otro. Pero se deberá adiestrar al joven cristiano a discernir los programas políticos que nunca son un producto puro y simple de la observación científica de los hechos, sino también expresión y afirmación de valores. Podemos equivocarnos al juzgar los valores o la escala de los valores. La fe en Jesucristo conlleva una determinada escala de valores.

Por ejemplo, un programa político marxista puede incluir el fomentar la lucha de clases hasta el fin, persuadido de que la victoria total de una de ellas, y sólo ella, es la solución. Entonces, hay que invitar al cristiano a que destape y analice el sistema de valores que se oculta en ese programa, quizá sin que él se diese cuenta. Descubrirá, sin duda, un profundo sentido de justicia que, naturalmente, debe animarle a luchar por la justicia. Pero quizá descubra también que se fía más del proceso violento en sí que del sentido de justicia. Parece que no se admite que individuos de la otra clase, una vez convertidos, puedan trabajar por la justicia con no menos entusiasmo; y, como resultas de ello, se ahorra el esfuerzo de convertirlos. O bien, da la impresión de que se es insensible al hecho de que la violencia como tal es, a lo sumo, necesidad, nunca un valor: no se procura implantar la justicia. Habituados hoy a ser violentos se corre el grave riesgo de seguirlo siendo en el mañana. O también: se tiende al ideal de una vida social plenamente reconciliada, pero ¿no se contradice eso con los medios empleados para conseguirlo? Y, una vez perpetrada esa contradicción, no se alcanzará jamás ese ideal: ¿por qué se va a dejar de tratar mañana a algunos hombres del modo como fueron tratados otros ayer? Por su parte el cristiano no excluirá toda violencia (que en la ambigüedad de la acción se presenta a veces como necesaria), pero excluirá esta confianza en el proceso violento.

Un programa político marxista puede incluir también el proyecto de socialización de los bienes de producción, aunque no sea más que por medios

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

pacíficos. Ordinariamente será bajo forma de estatificación. Una vez más habrá de enseñar a discernir los valores que entran en juego. Valor de mayor justicia, que habrá de suscribirse plenamente (los bienes de la tierra son para todos los hombres), pero mezclando tal vez con una confianza ciega en el mecanismo de la estatificación: en ese caso ¿no hay peligro –si es que no se toman precauciones muy serias– de negar los valores de responsabilidad y de participación que aparecen como no menos esenciales a quien reconoce en el hombre el lugarteniente de Dios? En el peor de los casos, hay que llegar a compromisos: siempre habrá que esforzarse simultáneamente por alcanzar aquellos y estos valores, y no unos con exclusión de los otros. De no ser así, no se conseguirán ni siquiera los que se pretenden.

Una catequesis tan práctica como la que aquí propugnamos, no deberá descuidar el modo con que se vive y lleva adelante un programa político. ¿Y no se descuida al presentarlo como un equivalente de salvación, o como un valor total para el hombre y la única dimensión que merece su esfuerzo? En ese caso se corre el riesgo de cerrar al militante otras dimensiones importantes de su vida. ¿No hay inquietantes silencios –"hacer el vacío"– en la militancia marxista: sobre la dimensión del amor familiar, sobre las generaciones que no lograron el fruto de sus esfuerzos, sobre la muerte. . .? Al pretender minimizar toda esa zona del misterio del hombre, ¿no existe el peligro de hacerle efectivamente insensible a toda una parte de su realidad? ¿No se mutila la vida que el cristiano ha descubierto que es más rica? El cristiano, por consiguiente, aprenderá a dar a los proyectos políticos todo el valor y la importancia que tienen, pero también a situarlos en el conjunto de los intereses del hombre.

No se tratará de atiborrar de ideas. . . Afortunadamente, la catequesis contemporánea en general se va alejando de ese método simplista. Se trata de formar para el discernimiento, capacitando para abordar las formas siempre nuevas con que se presentan las ideologías y los programas. Y también, ser sensibles a la evolución, porque también se da cierto tipo de evolución en el mundo marxista. Hacer capaces de reconocer sin dificultad lo bueno que hay en ese movimiento que ha hecho presa en una importante parte de la humanidad y, al mismo tiempo, detectar con claridad y franqueza lo que en él nos desviaría de Cristo y del cristiano. Hacer que el cristiano se sienta libre, y no acobardado, ante el marxismo. Hacerle capaz de una colaboración honrada y al descubierto en la medida y límites en que lo exige el bien común, pero no menos capaz de criticar y distanciarse donde lo requiere la conciencia cristiana. El silencio, permítasenos decirlo una vez más, jamás será un buen recurso catequético cuando se trata de un movimiento de tal importancia.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas